

ENCAUZAR LA EXPRESIÓN

Tras haberse puesto en claro que el «metasurrealismo», o incluso cualquier mínimo intento aseverativo en la comprensión de su realidad, es necesariamente «racionalista», una orientación que Minik supo adoptar desde el principio, hasta hacerle trascender sus preocupaciones al resto de las vanguardias más allá de las intransigencias de Breton, sería justo a la mañana siguiente, también en Madrid, en el Círculo de Bellas Artes, cuando se hablase otra vez de «encauzar» la expresión del surrealismo. Volvió a recordarse la proeza de mayo de 1935 y el hito cultural que supuso *Gaceta de Arte*, esta vez para contextualizar la ambiciosa exposición de «El surrealismo entre Viejo y Nuevo Mundo», con que el CAAM (Centro Atlántico de Arte Moderno) ha inaugurado su propia existencia para presentar, por ejemplo, el lugar preeminente que ocupa ahí el pintor Óscar Domínguez, que por entonces residía en París y fue así uno de los máximos procuradores de que Santa Cruz de Tenerife sucediera a Copenhague en el encuentro de los surrealistas.

Aquellas efervescentes fechas —pero, ya se ha dicho, sólo entre anebladas figuraciones, como un lustroso clave retórico en la solapa—, las han sacado a colación absolutamente todos los gobernantes canarios que han ido siendo, en sus reválidas simbólico-culturales de investidura, en los más variados foros madrileños. Por el contrario, el doble acto cultural del cálido homenaje a Minik, que no parecía póstumo, y la presentación del proyecto del CAAM, que no parecía previa, adquirió un cariz muy distinto a esa ahogada tónica general que el desaparecido crítico de arte Santiago Amón supo satirizar muy bien con el apelativo de «desembarcos autonómicos». Ha sido de las inéditas ocasiones, esta vez, en que se ha podido vivir con certeza que Madrid no era el destinatario directo: ese díscolo manchego con boina al que hay que estar siempre invitando a probar las motos autonómicas. Más bien, que se trataba de un transbordo, en un reconocimiento (el de Pérez Mink) y una propuesta (la del CAAM) de alcance tan universal que parecería que la mesa —prácticamente encabezada por los mismos propulsores— se hubo acostado la noche de Minik en Londres o La Habana y levantado al día siguiente en Caracas o Berlín. O, lo que pudiera ser más noticioso y distanciado: que se acostó a tenor de don Domingo en Santa Cruz de Tenerife y amaneció, a propósito del CAAM, en Las Palmas de Gran Canaria. Porque, a diferencia también de esos otros tantos actos culturales canarios expresamente abocados a Madrid, no se recelaron ahí matices en la denominación de origen, sino que hubo una complicidad pletóricamente regional entre ambos encuentros; como si, por dos momentos, se hubiera llegado a trascender ese temor en que tanto ha abundado el propio Pérez Minik: que «la relación entre las islas es abrupta, nunca dialéctica».

El énfasis en el «encauzamiento» de la expresión surrealista, y que Domingo Pérez Minik sólo pudo reflejar su pasión por el surrealismo desde un talento bien «racionalista», constituía, en la

víspera, una forma antecesora del aspecto que ha tomado recientemente la casona de Vegueta. Al fin, esa surrealidad que tan a menudo ha brotado en las islas —en las neuronas y en los espacios—, como un abarrunto que se extingue como mismo viene, ha rubricado, en ese relevo, un envase, un surtido *continente*, tras ese medio siglo jugando *surrealístamente* a los dados *surrealistas*: sin fichas ni cubos, sólo tapete.

EL LEGADO DEL «A LEGADOR»

Por A. P.



No parecía, ciertamente, póstumo el homenaje a Domingo Pérez Minik, en el teatro María Guerrero, el pasado 6 de noviembre. El tratamiento amistoso y contemporizador de esos mismos instantes, en torno a los responsables de la revista *Ínsula*, en que colaboró largamente, daba la impresión de que Minik se hallaba entonces cumpliendo alegremente su aserto: «Nuestro insular es ese hombre que cuando se queda a solas canta.» O bien, que llegaría de un momento a otro, para exclamarle a la mesa: «¡Qué curioso!», uno de sus latiguillos predilectos, según explicó Martín



B. Péret, Jacqueline Lamba, A. Breton y otro amigo en Tenerife, 1935.



B. Pérez, A. Espinosa, J. Lamba, A. Breton, D. Pérez Minik y P. G.^a Cabrera.
Foto por E. Westerdahl, 1935.

Chirino. O al menos, para aclarar si era por la mañana o por la tarde cuando salía a pasear por el muelle a escrutar las banderas de los barcos, sus últimos humos y metáforas, según diversaron Juan Cruz y Fernando G. Delgado, que mantuvieron siempre una amistad casi simbiótica con «don Domingo». La actriz Nuria Espert recordó aquella noche cómo fue viniendo lenta, pero decidida, su relación con una suerte de asesor anímico-teatral que le salió en la isla a cada nuevo paso de su compañía por Tenerife. «Era para mí un maestro, como Salvador Espriú, capaz de criticar nuestro trabajo con un insólito sentido de la globalidad, muchísimo más allá de las representaciones puntuales. A su lado, se respiraba un olor distinto del olor de la cultura oficial durante el franquismo.» José Luis Cano reflejó cómo el autodidacto tinerfeño casi tenía un órgano en su cuerpo para metabolizar la literatura.

El crítico Rafael Conte reconoció que «sabía y escribía mucho más y mejor que ninguno de nosotros», y destacó su heterodoxia irreductible, y necesaria, «ya que es lo único capaz de alimentar la obra literaria», y su pasión por la vanguardia, sin la cual «no hay futuro». El perfil de dandi guapo lo completó Conte con que, en sus modales, Minik era «irónico y algo agresivo, enérgico en sus procedimientos». Dijo que la última vez que le visitó, un par de meses antes de su muerte, el pasado verano, tenía aún «la cabeza más clara que los ojos», y tras definirlo de «rebelde e inconformista», enarboló que, definitivamente, DPM no es una isla. Pero sus amigos prefieren un término más propicio, e isleño también, para don Domingo: «alegador». Juan Cruz reclamó su inconformismo y su generosidad, inaudita en el panorama nacional, de ser tan receptivo con generaciones ajenas a él. «Era una pasión encarnada por conocer a los otros, de un modo absorbente, y por eso siempre escribió sobre los otros, y nunca creó él mismo ficción.» Lo concibió como un hombre moderno y esponjosamente alertado, un lector de raza. Distinguió que la puerta de

su casa estuviera abierta siempre, como un preámbulo a los paseos por el muelle. «Era —concluyó Cruz Ruiz— un hombre sin rencor y que nunca dijo mentiras, y que supo vivir con esa profunda falta de respeto del que le tiene mucho respeto al otro.»

Juan Marichal, tras poner el dedo en la llaga destacando su condición de «racionalista ilustrado», aseguró que «ha sido el menos narcisista de los intelectuales hispanos, y de seguro, el intelectual canario más importante del último medio siglo». Recalcó también que «Domingo y la pedantería son términos antagónicos, precisamente porque vivió al corriente de todos los movimientos culturales. La pedantería, al cabo, es una consecuencia directa del que se aísla, o lo que Unamuno definió mejor como vivir en el “aislamiento”, todo lo contrario de Pérez Minik».

Su exactitud para el entendimiento de la cultura más allá incluso del contexto nacional, desde las islas, sorprendió a Martín Chirino, quien destacó el magisterio alentador que «constituyó para las generaciones que le siguieron». Su generosidad era única, y sus modos, intachables. Era capaz de enseñar sin imposiciones, y a mí me sigue resonando esa muletilla suya, «¡Qué curioso!», verdaderamente receptiva en cada momento, sentida. Fernando G. Delgado, que también reparó en el «racionalismo» de fondo de Minik, destacó su combate permanente contra el menor indicio de «la cultura de aldea», e ilustró su verdadero afán de conocimiento universal al extremo de que llegara a vender sus cuadros más queridos para poder viajar.

Carlos Díaz Bertrana recordó cómo había sido por iniciativa del propio Pérez Minik, junto a Eduardo Westerdahl (cuya viuda no perdía detalle en la primera fila de la aborrotada sala Margarita Xirgu, que *Gaceta Arte* decidió abrirse a otros «ismos» y preocupaciones estéticas, más allá de las restringidas directrices de Breton. «Era sólo el primer paso —dijo Díaz Bertrana— para la continuada lección de apertura, libertad e insolencia que nos ha legado Domingo Pérez Minik.»

Fue un homenaje nada póstumo al autor de *Isla y literatura*, o *Ensayo sobre la condición humana del insular*, capaz de metabolizar la sucesión de tensiones en que consiste ser canario; pues «no existe en la naturaleza ningún lugar más cargado de riesgos para la independencia de la criatura humana que una isla», pues, iluminando más aún el claroscuro, «Vivir en las islas es una condena y una felicidad, un purgatorio y un paraíso. Entre estos dos árboles bíblicos, el hombre canario se mueve con afán y angustia.»▲